



CAPÍTULO VIII

Ripios poéticos y prosaicos

Eos que me lean no dejarán de extrañar la enorme cantidad de versos que entrevero en estos renglones; pero lo cierto es que no se puede escribir de aquellos tiempos, sin hablar lo que entonces llamábamos «el dulce lenguaje de las musas». Se vivía en verso en aquellas benditas y memorables calendas.

Pareados, tercetos, cuartetos, quintillas, sextas, rimas, séptimas, octavas, novenas, décimas, sonetos, acrósticos, madrigales, logogrifos, charadas, chascarrillos, enigmas, contraenigmas, canciones, epigramas, felicitaciones, sentencias, pensamientos, aforismos y apotegmas era lo que se decía en comidas, cenas, tertulias caseras y finas, y hasta en el Congreso.

El medio más seguro de hacerse conocido, era impro-

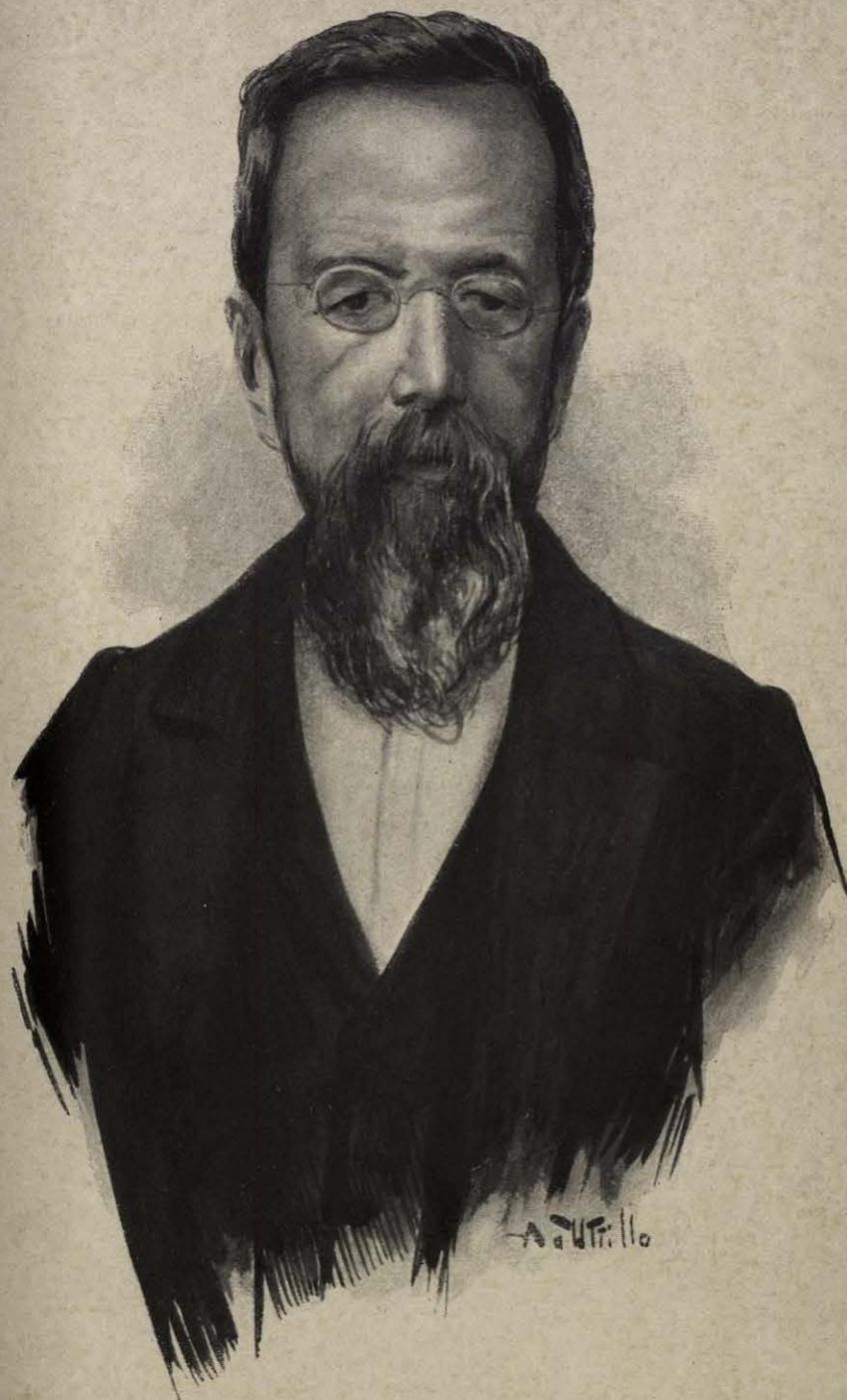
visar un lucido ovillejo; la manera de conseguir un empleo, arreglar una bonita felicitación en forma de cáliz ó de lira; el arte de medrar en la contaduría de propios ó en la aduana, estribaba en publicar en *El Monitor* ó en *El Siglo* una canción lo más dolorida y sentimental que fuera posible, escrita en octavas reales, italianas ó bermudinas, ó en serventesios provenzales.

Prieto pasó de escribiente de la Aduana á diputado y á ministro, no por sus discursos ni por sus artículos, sino por sus versos á *La Cuna* y *Al Cometa*, y estuvo á punto de pasar á la eternidad por los que le escribió á Paredes.

Ya que cae aquí como del cielo, referiré qué versos fueron esos. Por el cuarenta y cinco publicó Guillermo una letrilla á lo Bretón, que empezaba:

Hoy la espada y el bonete,
El fraile y el soldadón,
Están en un mismo brete
Por lanzar con un ariete
La pobre Constitución.
— Cuidado, Parietes...
— La Federación...
— Queremos monarca...
— Qué chula cuestión.

Don Mariano mandó llamar á su casa al poeta, le habló fuerte, Guillermo manoteó; pero exaltado el autó-



D. Guillermo Prieto

crata, descerrajó tal bofetada al poeta, que le hizo romper una mampara con la cabeza.

La esposa del Presidente — una santa — salió á la defensa de Guillermo y amonestó suavemente al marido.

— ¡Paredes, por Dios! ¿cómo te pones con muchachos?

Avergonzado el intemperante dió excusas á Guillermo, quien á la media hora ya tomaba chocolate en el comedor presidencial, y se convertía en el consultor de las niñas y la señora.

Payno, el solemne, antes que hombre público, fué escritor de leyendas, algunas no exentas de mérito. Y Escalante, Aguilar y Marocho, Roa Bárcena, don Joaquín Pesado, don Alejandro Arango y los Seguras, empezaron por poetas, siguieron por periodistas, continuaron por batalladores en pro de alguno de los dos bandos y acabaron por hombres políticos: ministros, regentes, embajadores, qué sé yo.

Cualquiera se reiría de mí si dijera que me pirro por las poesías de Casimiro Collado; que Echaiz, Emilio Rey y hasta el ripioso é insoportable Bocanegra, que adquirió fama por los versos del Himno nacional, tienen cosas bellas y coloridas.

Lo triste, para nosotros los liberales, era que quienes entendían la manera de escribir fueran los conservadores. Nosotros éramos poetas de *Dios mió*, que no nos parábamos en pinta para poner sílaba más ó menos en nues-

tros versos. Nada nos importaba la Academia ni el perro judío que la había inventado, pues á fuer de ciudadanos de una nación libre, pensábamos no había que hacer maldito el caso de los dictados de una Corporación extranjera y por añadidura monárquica y archicatólica. Y era claro; si se tenía derecho de disponer de los bienes de la Iglesia, mejor se podía declarar que las palabras tenían tres, cuatro ó cien sílabas, según conviniera á los intereses del poeta republicano.

Las novelas eran todas fúnebres y sentimentales. Ante todo había que ser *exquisito, espiritual, delicado*. De un poeta se decía que era tan tenue que su paso no se sentía; que era incorpóreo, que era intangible, que no hollaba la tierra. Para alabar á una niña, el piropo más fino era llamarla *sensible*.

La adoración á la mujer tenía algo de medioeval. Siempre se la llamaba *la bella mitad del género humano, la hermosa compañera de la vida*. Los libros que se escribían estaban destinados á ella, y se llamaban *Presente á las damas, Álbum de las señoritas mexicanas, Aurora poética, consagrada al bello sexo*, y otras cosas así.

En los libros se huía cuidadosamente de tratar cosas del país, juzgándose quizá que no eran dignas del coturno. Fernando Orozco escribió una deliciosa, admirable, potentísima novela, y apenas se llega á saber dónde acontecen los sucesos de ella.

Juan Díaz, Castillo y sobre todo Prieto, creían que algo explotable podía haber aquí y escribían de asuntos nacionales; pero poco gustaban esas cosas; mejor parecían los versos que Payno pone en boca de un cruzado:

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Y alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedrón.
¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la Fama.
Yo respondí: «Por mi dama
Y la tumba de mi Dios.»

Por supuesto que escribíamos todos á la diablo, lo mismo en prosa que en verso. Hubo un mediquín italiano, poeta él, que publicaba los centones de disparates más terribles que se puedan ver, y don José Indelicato, así se llamaba el mamarracho, era tenido por un prodigio.

Los periódicos estaban llenos de editoriales, aunque no tan largos ni tan soporíferos ni tan malos como se supone. Zarco tenía instrucción, talento, habilidad, firmeza y honradez; Rosa, Prieto, Morales y otros muchos también se dedicaban al periodismo y escribían muy lindas cosas; y en otro bando los Seguras, que eran biliosos y exaltados, Roa Bárcena, que era sereno, equilibrado y persua-

sivo, y Aguilar, que tenía verba y talento de panfletista, trabajaron admirablemente en aquel tiempo.

Eso sí, el virus poético invadía hasta la seria y reposadísima *Cruz*, no perdonaba los diarios políticos y abun-

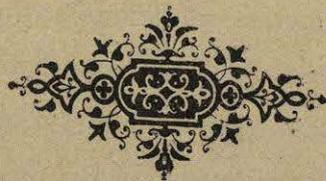


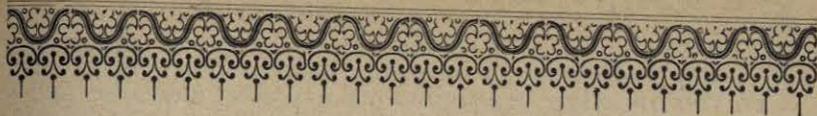
daba en los satíricos. Entonces fué cuando empezó la costumbre de poner al fin de los párrafos que hoy se llaman de información, una ó dos redondillas glosando y resumiendo el caso; costumbre que todavía conservan algunos periodiquines de provincia.

No es cierto que hayamos andado tan mal en materia de tipografía. Las ediciones de *Cumplido* eran excelentes

y en libros casi siempre útiles; las de Lara y de García Torres, no eran del todo detestables.

Pero si no se escribía la historia, se hacía; si no se observaban las costumbres, se vivían. Que vengan ahora á desentrañar los que saben, cómo salieron de tanto verso y tanto ensueño, tanta y tan potente realidad, cómo de la adoración á la mujer brotaron los derechos del hombre, y cómo de aquella sociedad poética y sensiblera salió ésta positiva y trabajadora.





CAPÍTULO IX

Comonfort me traiciona



E hallé desolado al padre Huerta.

— ¿Qué te parece lo que acaba de pasar?

Conspiracioncita en el convento, con su correspondiente guardado de fusiles y pistolas.

¿Y todo, por qué? Por conservar esas indecentes casuquillas que el fuego puede consumir, por esas hacienditas que el Señor quisiera no dieran ni un grano, por esos dineros que valdría más se perdieran para siempre. Ya lo ves; hacemos caso de lo que Cristo dijo; nos asemejamos á los lirios del campo, que no hilan ni tejen y están vestidos como no lo estuvo Salomón en su mayor gloria; á las aves del cielo, que no siembran ni recogen, ni tienen graneros, y viven á costa del Padre celestial.

Yo veo que algo gravísimo va á pasar; veo que nuestra iniquidad merece castigo y tenemos que esperarlo. ¡Bendito sea el Señor, y benditos sean sus altos y soberanos juicios!

— ¿Y cómo son las conspiraciones, Padre? Refiérame lo de su casa, que quisiera saber todo por su boca.

— ¡Qué sé yo de conspiraciones!... Soy tan necio, ando siempre tan en babia, que de nada me enteré. Sí; atando cabos, he venido á comprender que el *deus ex machina* lo era un sujeto que duraba días enteros en el convento, sin salir para nada, que volvía á veces á media noche y que siempre conferenciaba con el prior y los padres graves, de secreto y como quien tiene en su seno cosas muy tenebrosas que comunicar.

— ¿Y qué señas tiene ese sujeto?

— Alto él, de gran nariz, de buenos ojos, de frente amplia; usa bigotes largos y es calvo ó lleva tonsura. Le llaman don Rogelio, y según parece se apellida Argüelles.

— Es el padre Miranda.

— ¿Qué padre Miranda?

— El cura del Sagrario de Puebla.

— ¿Qué es lo que dices, hombre?

— Lo que usted acaba de oír.

— Ahora recuerdo que una vez que hablaba el sujeto ese con Fray Luis Ogazón, le escuché algo acerca de falsas decretales, y como nada sabía ni nada barruntaba,

me limité á asombrarme de que un caballero seglar, hacendado del Valle de San Martín, según decían, estuviera tan al corriente de esas cosas.

— Pues ese hacendado del Valle de San Martín es también comerciante en paños, coronel retirado, *prioste* de indios, que viene á tratar un negocio de terrenos á la capital, agente viajero francés y mil cosas más.

— Pero ese hombre es un Proteo.

— Es un demonio; adopta todos los disfraces, vive en todos los barrios, conoce á todo el mundo. Ya sea en Guanajuato, en San Luis, en Puebla ó en Guadalajara, tiene siempre oportunidad de conspirar, de tramar, de hacer daño al Gobierno.

— ¿Y tú le conoces, le has visto?

— Jamás; aunque no sé si me le habré encontrado y conversado con él, pues capaz es de hablar conmigo y sacarme secretos sin darse á conocer.

— Vaya, tú estás de broma; quieres hacerme tragar una novela de las que tan caras son á nuestro amigo Gorda, y me cuentas esas cosas de un eclesiástico que debe de estar muy distante de tamañas tonterías. Quédate con Dios... Y me dió la mano.

Al subir al departamento presidencial me encontré á don Ignacio dando audiencia conforme á su costumbre. Se colocaba en un rincón de la pieza, é iban pasando por turno junto á él todos los pretendientes.

— Señor, desearía para mi hijo una beca de merced en tal colegio.

— Solicito que me paguen los alcances que devengó mi marido.

— Quiero una recomendación para que concluya pronto mi pleito.

— Necesito ver al Ministro.

— Deseo respuesta á mi carta.

Y de todo tomaba nota el escribiente, que acompañaba al General casi siempre, para que lo concediera la administración, si era lícito, ó del bolsillo particular de Comonfort si no podía honradamente salir del público.

Cuando el peticionario, en vez de cosas sencillas, decía:

— Deseo presentar una carta del señor General Parrodi:

— Encabezo una comisión de tal pueblo:

— Quiero comunicar á V. E. una cosa reservada... Entonces Comonfort citaba día y hora para la conferencia, y á ella acudía con puntualidad. Así dividía su trabajo aquel laborioso que no reconoció jamás horas de descanso.

Cuando concluyó la audiencia, me llamó á su despacho para darme órdenes.

— Va usted á ver al señor Comandante general y le lleva...

Y comenzó á buscar entre sus papeles, apartando legajos con cubierta amarilla, cartas con diferentes firmas,

tomos de leyes, mapas, planos, estados de revista... De repente sentí como el aguijón de una culebra dentro del pecho: había visto muchos plieguecillos de la letra compacta y menuda que yo conocía bien, y la rúbrica de la firma ANARDA, hecha como de una cinta interminable que se me enredaba al cuello y me lo oprimía.

El Presidente cogió un documento de aquellos, escribió una carta de tres líneas, todo lo metió dentro de un sobre, pegó la nema y me entregó el pliego diciéndome:

— Le lleva esto diciéndole que quedo enterado de todo y que estoy de acuerdo con lo que anoche me indicó.

Cogí el papel, saludé y salí volado del despacho. No me cabía duda de que ella era quien había escrito, de que ella era quien había tenido entrevistas con don Ignacio, de que era la misma que había visto aquella noche memorable.

— Yo me tengo la culpa por vil y por estúpido; creí en la virtud de una bribona y me da el pago que debía darme. Y luego el casto, el puro, el santo, ¡miren cómo se porta y cómo me traiciona!... ¡Me traiciona! ¿Y qué traición hay en aprovecharse de lo que está al alcance de las manos de todos? Esto se acabó sin remedio, y á otra... En un movimiento nervioso metí la mano al bolsillo y me encontré con un billetito de la misma: «Venga á cenar hoy. Mi marido encantado con usted; dice no se parece en nada á los muchachos de ahora, porque oye con respeto á las

personas de edad y de rango. Tengo mucho que contarle; no deje de venir. — ANARDA. »

— ¡Ah perdida, conque tu marido me busca y me llama! ¡Tú y él son buenos pícaros, bonísimos pícaros!

Y rompiendo en cien mil pedazos la cartita, la aventé á los aires.



CAPÍTULO X

El padre Miranda en campaña

EL camino era polvoso, triste y feo; pero como si se hubiese deseado un contraste, el convento era amplio, bien orientado, lleno de sol y un verdadero oasis de verdura.

Se pasaba la portería y se encontraba el primer cancel, que tenía una imagen de la Virgen y la letra *Redemptrix captivorum*. Seguía el claustro de pilares bajos ornamentados con trofeos, mitras, ángeles y escudos. Por una escalera de anchos peldaños se subía al coro, con sus asientos de madera separados por tablas, y con inscripciones latinas: *Psale et sile* y *Qui in divino officio negligenter loquitur sine verbo moritur*. El coro estaba lleno de pinturas del siglo XVII: el araez levantisco atacando al